

# Entre mi máscara y mi espejo...

Alicia III

1993. El vagón del metro se deslizaba suavemente, era de noche y había pocos pasajeros. Yo entré, extenuada, y me dejé caer en un asiento, botando mis dos maletas repletas de libros. Cerré los ojos...

Cuando los abrí de nuevo había un tipo atractivo sentado frente a mí, con el cabello castaño claro alborotado. Tendría unos 38 años. Miraba aquí y allá distraídamente, parecía no ir a ningún lado. En un brevísimo instante nuestras miradas se cruzaron.

Estaba a punto de incorporarme para bajar y miré mis maletas con pena, no quería volver a cargarlas. Trabajaba como vendedora en una importante editorial católica y mi actividad principal era poner *stands* en eventos de sacerdotes, religiosas y catequistas para promover nuestros títulos. Me gustaban el movimiento y la gente. Los libros se vendían en los descansos o a la salida de los eventos y yo era feliz colándome a todos los cursos que podía (Liturgia, Biblia, Teología) y tenía bien puesta la camiseta —blanquísima— con una sola palabra: evangelización.

Cuando no había eventos iba a buscar contactos con el muestrario a cuestas. Esa noche venía de una larga excursión por la ciudad y mi gesto cansado me delató. El tipo de enfrente se me acercó y con tono amable y voz cuidada dijo: “¿Te ayudo con tus maletas?” Lo miré y me encantó: sus ojos color miel, sus labios carnosos, su expresión de niño travieso. Traía una guitarra sin funda. Él cargó mis maletas y yo su guitarra.

Llegando a las escaleras propuso una parada para dedicarme una canción. “¡Qué loco!” pensé, pero me encantó la idea y la canción. Y estuvimos allí, sentados en la escalera, durante algunas canciones más. Me contó que cantaba en restaurantes y bares. Su nombre era Román y había sido alcohólico; de hecho, se escapó de una granja de Alcohólicos Anónimos. Al contarme su vida parecía un niño desvalido que lloraba...

Su historia me conmovió profundamente. Luego me saltó el corazón cuando me miró fijamente y dijo que yo tenía unos ojos lindos y una expresión muy tierna. Era mi primer piropo en cinco años y lo recibí encantada.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí. Preguntó a qué me dedicaba. Cuando le mostré los libros soltó una carcajada: él era ateo. Luego quiso saber qué hacía una chica como yo en un trabajo como ese. Le contesté que lo disfrutaba y no me creyó. Entonces me guardé de expresar que era el único trabajo que me permitía aplicar los “conocimientos” que había adquirido en cuatro años internada en una casa religiosa para consagrarme a Dios. (Salí tres meses antes de hacer los votos por una fuerte crisis nerviosa.) No le dije a Román que después fui maestra durante un año con las hermanas y eso era tener un pie adentro y otro afuera: quería estar de nuevo con ellas pero los doctores no me dejaban. No le dije que mi mundo en cinco años era “lo bueno”, lo limpio a los ojos de Dios; todo lo demás era “lo impuro”, “los anti-valores del mundo” que había que convertir. Por eso jamás salía de casa sin mi cruz misionera al pecho, y no perdía ocasión de “anunciar la Palabra de Vida” como y donde fuera.

No le dije nada de eso, pero él notó otras cosas: que vestía como señora enlutada y que mis ojos estaban hambrientos de una mirada masculina; que tenía veintiséis años, pero era una niñaota, que no entendía casi el vocabulario suyo...

En ese primer encuentro yo pensé: “¡Pobre tipo, está muy mal espiritualmente, hay que evangelizarlo!” Quizás él pensó: “Pobre ingenua, hay que enseñarle un poco de mundo”. Pero debajo del discurso consciente de ambos había un elemento arrollador: la atracción física. Quedamos de vernos pocos días después, a la salida de esa misma estación del metro.

Pasaron dos semanas. Yo corría al encuentro de Román con una emoción muy fuerte que no podía controlar y menos explicar, y no era sólo por el hecho de ir a escuchar a un tipo que me encantaba y me susurraba canciones románticas al oído, no; era la ansiedad y el gusanito de lo prohibido.

Yo era la típica “chica buena”, siempre apegada a la familia, con una rígida educación católica donde se destacaban los valores de la virginidad, la decencia, la buena educación, el horror al pecado en todas sus manifestaciones. ¿Cómo iba a estar saliendo con un tipo que me llevaba tantos años, con alguien tan de mundo, tan corrido, y que además hablaba como los teporochos del mercado? Román era todo lo contrario de lo que una chica universitaria de buena familia esperaba, pero en otro sentido Román era justo lo que yo necesitaba. Y corría a su encuentro al empezar la noche, a escondidas de mis papás, mintiendo por primera vez en la vida.

Con Román se rompían todas las reglas, todos los moldes. Nos sentábamos en una banquetta, en la mesita de una tortería nauseabunda, en un carro estacionado. Yo me engañaba entonces con la idea de que iba a evangelizarlo —por ejemplo, llevando mi Biblia, como otras veces—, pero la realidad era que su tono meloso me envolvía; su maldita seguridad desvanecía todos mis temores y argumentos. Empezaba a hablarle de Dios y él me cortaba con un piropo o con una insinuación. Me dije entonces a mí misma que si de verdad quería ayudarlo tenía que convertirme en su novia. En el fondo lo deseaba, pero tenía muchísimo miedo.

Llevaba casi seis años sin ser tocada por un hombre y de negar mi cuerpo y mi afectividad. Tenía la vaga idea de regresar con las religiosas (nadie sabía, ni yo en ese momento, la causa de la crisis nerviosa por la que salí). Y de pronto Román me hacía olvidar mis convicciones más profundas. Con él no pensaba en nada de eso. Era otro canal, desconocido y fascinante. También aterrador. Dejarme llevar por la oleada de sensaciones que empezaban a surgir era como un salto al vacío para mí.

Román supo conquistarme y lanzarse en el momento adecuado. ¡Tenía tanta experiencia con mujeres! ¡Y yo tanto tiempo de querer aplastar y marginar el torrente de sentimientos que pugnaba por salir!

Nuestro primer beso, en un callejón oscuro, encendió la mecha. Me encantó sentir de nuevo la proximidad de un hombre, su contacto. Me sentí frágil, deseada, llena. Comprendí entonces que todo mi ser añoraba profundamente esa parte, que los años pasados con las religiosas no habían podido borrar a la mujer que palpita bajo mi piel...

La pesadilla inició cuando empecé a conocer el entorno de Román. Una cosa era imaginarlo como cantor bohemio en un lujoso restaurante y otra muy diferente acompañarlo a un prostíbulo. El ambiente en penumbra o las luces chillantes, las copas que iban y venían, los borrachos con sus estupideces, las prostitutas a la espera de clientes... ¡Qué horror! Era un ambiente “sucio”, “de mala muerte”, como diría mi papá. ¡Y yo estaba en el centro del purísimo pecado! Por supuesto que allí no pensé en que Jesucristo departía con publicanos y pecadores. Todo lo que veía —especialmente los niños de la calle drogándose— hería mis ojos y era una irrupción violentísima en mi mundo rosa. La gota que derramó el vaso fue cuando una noche Román me dejó sola por un momento en la mesa, con las siguientes palabras: “Aquí quédate, no hay problema. Si llega algún cliente y quiere algo contigo, le dices que ya estás ocupada...” Eso me dejó sin aliento. ¡Yo, prostituta! (más bien, confundida con prostituta, pero para el caso es lo mismo). Me sentía morir; quería que se abriera la silla y desaparecer por el hoyo. Esa misma semana, en el puesto de libros, analizaba con los seminaristas de Teología fragmentos de los documentos eclesiales de Santo Domingo. Cuando quedaban dos o tres, y en tono menos formal, preguntaba a cada uno sobre su llamado al sacerdocio. Me encantaba escuchar historias vocacionales, quizá para conocer más y admirarme por los desconcertantes caminos de Dios para cada alma, quizá porque yo nunca tuve vocación auténtica, quizá...

El caso es que mis mañanas, como tantas otras desde hacía meses, transcurrían entre libros y pláticas piadosas, visitas a la capilla del lugar, cursos religiosos... ¡Y de repente en la noche se cambiaba drásticamente la jugada!

Era otro mundo, todo me resultaba confuso al principio, aterrador; luego empecé a acostumbrarme. El día en que Román me pidió fingirme prostituta había dos mujeres más en la misma mesa, blanca y redonda. Yo de entrada las rechazaba a todas, me parecía asqueroso lo que hacían, pero ese día las miré con atención. Para mi sorpresa, no iban arregladas llamativamente, escotadas o con colores chillantes, pero ambas fueron “ocupadas” por clientes. Ya antes Román me había dicho que las chicas no eran malas: entre ellas había estudiantes, amas de casa y madres solteras, pero no le quise creer. Ahora, sola en la mesa, se me

empezaron a abrir los ojos. Una iba con blusa blanca cerrada, como yo. Aunque al principio pensé: “A mí jamás me confundirían con prostituta”, advertí que, en realidad, estaba mucho más cerca de ellas de lo que creía. Miré mi cuerpo con kilos de más y poco atractivo, pero ellas no eran ningún figurín. En realidad, la única diferencia era que yo nunca había tenido relaciones sexuales...

El pensamiento me inquietó: ¿y si llega algún borracho agresivo y me obliga a irme con él? En ese momento no lo reconocía, pero quizá, muy en el fondo, deseaba que algo así sucediera, y jugaba también con la idea de ser una buena prostituta. Claro que en mi discurso no aparecía nada de eso, sólo sentía mucha ansiedad. Por eso respiré tranquila cuando Román apareció con su guitarra en el círculo rojo que hacía las veces de escenario. Él no era ningún borracho agresivo que me forzara a nada, sino un tipo encantador que tocaba con sentimiento.

Pero él tenía otros caminos más sutiles. Antes de su *show* medio itinerante —no duraba mucho cantando en un mismo lugar— o en algún descanso, nos íbamos a su camioneta, cuyos respaldos delanteros eran abatibles.

Nuestros encuentros eran breves, pero muy intensos. Yo tenía mucho miedo a la mujer sensual que empezaba a descubrir en mí. No sabía qué hacer con ella. Me quitaba el sueño.

Román supo descubrirla, sacarla, potenciarla, pero yo no estaba preparada. En lo más fogoso de los encuentros lo paraba en seco. Y él me repetía hasta el cansancio: “Es que... ¡entiéndelo! tener sexo no es malo. Si no, ¿para qué lo hizo Dios?”, pero yo me resistía una y mil veces.

En la camioneta fueron nuestros encuentros más íntimos, sin llegar nunca a la relación sexual, porque yo me negaba (¡pero me moría de ganas!).

Una vez ya estábamos a las puertas de un hotel —todavía en la camioneta— pero me negué a entrar. Entonces me llevó a un callejón oscuro y me dijo que él estaba muy excitado, que por favor me abriera la blusa. Lo obedecí como autómatas, alzó mi brassier y miró mis senos con una ansiedad... como si fuera un sediento ante un garrafón de agua. Lo succionaba despacio, los tentaba por todos lados, gozaba muchísimo al hacerlo. Yo no. Yo no sentía nada más que culpa, una culpa terrible que me aplastaba. También angustia por si alguien nos descubría...

La escena se repitió, en otras ocasiones y en distintos callejones en penumbra. Yo lo complacía como autómatas. Recuerdo un día en que él estaba recostado horizontalmente en el asiento y yo medio encima, vestida, pero con los senos al aire. Al incorporarme un poco, me vio una señora que pasaba. Nunca olvidaré la mueca de asco en su rostro. Era bajita, morena, como de 55 años, la típica ama de casa, pero se horrorizó tanto de lo que estaba viendo que se persignó varias veces. ¡Me quise morir! Me sentí tan baja, tan ruin, tan indigna... tan PUTA. Quería salir del auto, correr tras de ella y gritarle que no era cierto lo que estaba pensando, que Román y yo no estábamos teniendo relaciones. Entonces, mientras él seguía acariciando mi cuerpo, pensé que de una cosa a la otra la distancia era mínima, que eso no podía seguir así.

Me separé de Román y le grité que quería irme. Él se desconcertó mucho pero condujo en silencio hasta la entrada del metro. Nunca me acompañaba a casa porque nunca me quedaba yo a que concluyera su *show* (en la madrugada). Regresaba sola por calles desiertas y oscuras para llegar, como Cenicienta, antes de las doce a casa. Les decía a mis papás que estaba saliendo con un amigo que me venía a dejar a la puerta del edificio. Me creían. Siempre me creyeron porque nunca los defraudé, nunca les había mentado. Nunca, hasta ese momento. Por eso me sentía tan mal. Mi noviazgo clandestino con Román —imposible presentárselos, pondrían el grito en el cielo— era una pesadilla que me taladraba la cabeza cada vez más. Nuestras candentes escenas me inquietaban, y no sólo estaba preocupada por ser descubierta, sino también enojada por ser tan débil de carácter y dejarme arrastrar por Román.

Aunque las hermosas citas bíblicas y mis palabras sobre el amor de Dios a todos sin distinción habían atraído la atención de algunos de sus amigos músicos o de algún señor que bebía, a Román se le resbalaba todo. Como catequista, yo me sentía frustrada, muy frustrada. ¡Nunca me había pasado algo así!

Un día que fuimos a Bosques de Tlalpan de paseo, además de la comida me llevé estampas religiosas, pensamientos bonitos y hasta pedí prestada una grabadora para que él escuchara un bello canto de la Iglesia, a ver si su sensibilidad de músico le permitía escuchar con atención el mensaje. Sin embargo, no me dejó sacar nada; nos pasamos las horas

en el puro faje. Al regreso, me sentía de lo peor. Pecadora a cual más. La culpabilidad opacaba siempre cualquier goce... Y a mi grito interno de: “¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero más!” se sobreponía el otro, proyección de mis padres y de la Iglesia: “¡Es malo, es malo! ¡No puedes! ¡No debes! ¡Jamás!”

Yo creí que mi experiencia como catequista iba a convertir a Román en un buen católico. Él creyó que por su experiencia en mujeres iba a ser fácil que yo tuviera relaciones sexuales con él. Los dos nos equivocamos, ¡y de qué manera! Pero conforme pasaba el tiempo él me iba ganando terreno.

Yo estaba alarmadísima porque, en los hechos, Román me iba conquistando y yo cediendo. Pero mis convicciones eran tan rígidas que resultaba imposible tirarlas por la borda. Me sentía jaloneada hacia dos direcciones opuestas. Y estaba además el asunto de la doble vida: por las mañanas me movía en un mundo rosa, entre seminaristas, sacerdotes y monjas, y por las noches...

Finalmente, ¿dónde quedaba yo? En ningún lado. No podía seguir negando mi cuerpo ni mi sexualidad, como lo hice desde la adolescencia. No era cierto que yo fuera gorda, fea, poco atractiva a los varones, que vivía tranquila y contenta dando amor a todo mundo; no era cierto que yo fuera la hija de papá, obediente siempre y recatada; ni la buena religiosa que otros esperaban ver en mí. ¡MENTIRA! ¡Era toda una mujer! Pero tampoco podía aceptarlo porque en el marco de la relación con Román todo era pecado, todo iba contra mis principios (¡pero iba...!).

Para mí el noviazgo con Román era muy, muy difícil. Los tres meses que duramos fueron un infierno. Yo era un manojo de contradicciones. Me iba desarreglada a propósito para no gustarle, para no provocarle nada (¿o para justificarme ante mi conciencia?), pero a él no le importaba. Igual se asía a mí como un náufrago a su tablita...

Nuestros encuentros profundos me inquietaban (¡y mucho!), distraían mi atención de las cosas de la Iglesia, de mis registros de los libros, de mis grupos apostólicos. Esperaba con anhelo el siguiente encuentro. Toda yo era un palpitar de pasión, que se desbordaba cada vez más. Tenía miedo de mí misma.



Y lo corté. Lo corté antes de consumar el acto sexual, porque si seguíamos sería yo quien lo arrastraría hasta el hotel, y luego... el derumbamiento de mi mundo rosa. ¿Írme a vivir con Román o casarme con él? ¡Ni loca! No podíamos sostener una conversación más de veinte minutos. No le gustaba el arte, ni los libros, ni nada de lo que era mi vida. Era separado y tenía dos hijos en algún lugar. Repetía que él era poca cosa para mí, sobre todo cuando entré a la universidad. El único punto de encuentro era la atracción física, y lo evité. Huí. Me dejé ganar por el miedo.

Y así corté de tajo a Román para volver a lo que era antes. Entonces... ¡sorpresa! Ya nada era igual. Ni la percepción de mí misma —ahora me despreciaba—, ni la percepción del cuerpo de un hombre —ahora los miraba diferente—, ni la de mi propio cuerpo. ¿Qué hacía con tantos deseos que antes no conocía y ahora estaban ahí haciendo ruido? Además, si algún día encontraba a un niño de la calle, o a un borracho en una fiesta, o veía de lejos a alguna prostituta, recordaba mis charlas con ellos, sus ojos limpios, lo que compartí de su dura realidad; entonces se me encogía el corazón y me preguntaba qué estaría haciendo Román.

A veces me hablaba por teléfono (nunca le di mi dirección, por más que me la pidió). Tiempo después se volvió Testigo de Jehová.

Román y yo discutíamos conceptos bíblicos telefónicamente porque él estaba empeñado en convertirme. Que si no entraba con ellos me iba a condenar. A mí me daba risa cómo se habían invertido los papeles...

Las llamadas de Román se volvieron cada vez más esporádicas.

Yo busqué marginar de vuelta toda mi afectividad y lo logré, en parte, sumergiéndome en las nuevas responsabilidades de la universidad (había entrado a estudiar Comunicación).

Entonces reapareció José Alberto.

—o0o—

José Alberto era uno de tantos seminaristas que conocí en la venta de libros católicos. En aquel entonces iba seguido a su casa de formación y la relación con él y con algunos de sus compañeros se volvió muy cercana.

Antes del torbellino que viví con Román creía que mis relaciones con el sexo opuesto eran “muy sanas y con confianza”. En apariencia sí, pero me engañaba. Me engañaba reprimiendo o marginando cualquier sentimiento de deseo o atracción, desviando mi mirada hacia los hombres en la calle o en el pesero —“hay que mortificar la vista”, dirían las religiosas—, despreciando mi cuerpo y mis sensaciones en aras de una malentendida espiritualidad.

A ello contribuía el hecho de que el 90 por ciento de los hombres con los que me relacionaba eran sacerdotes o seminaristas. Estaban descartados de entrada. Pintaba mi raya. No me permitía ni siquiera fantasear con alguno de ellos; era algo prohibido y castigado por Dios. Ellos eran sus elegidos y a mí me tocaba ayudar con mi oración y limpia amistad “a preservarlos del contagio del mundo y sus concupiscencias”.

La excepción a la regla fue José Alberto. En los meses que visité a los seminaristas en su casa de formación con mis libros a cuestas, me sorprendía a veces pensando en José Alberto con cariño, deseando el siguiente encuentro, que me tomara de la mano al despedirnos. Eran breves destellos que desechara enseguida.

Fueron varios compañeros con los que floreció una amistad muy bonita. Uno de ellos, Rubén, captó enseguida mi búsqueda espiritual y mi falta de identidad, y me cuestionaba agudamente a través de comentarios casuales o de preguntas capciosas.

José Alberto, en cambio, lo que captó con más fuerza fue mi vacío afectivo. Yo lo veía alto, fornido, con mucha seguridad en cada actitud y movimiento. Me imponía mucho. En ese entonces creía que era más grande de edad que yo y que tenía mucha experiencia. Lo consideraba un poco mi guía y le confiaba mis inquietudes y vivencias, pidiéndole consejo.

Algún tiempo después, cuando ya había dejado de visitarlos, me sorprendió una llamada de José Alberto: había salido del seminario y quería verme.

Era 4 de julio de 1994, lo recuerdo como si fuera ayer. La charla fue larga en la banca de un parque. Me compartió su salida del seminario, que no estaba seguro de su vocación. Había pedido un año de permiso para decidir, iba a trabajar, aunque no tenía claro en qué...

Comenzó a llover tupidito. Acabamos en un edificio de convenciones, en un rincón cerca de la puerta de entrada. Nos sentamos en el piso. Él no sabía qué iba a ser de su vida y yo estaba bien consciente de que quizá sería la última vez que nos veíamos.

Estábamos muy cerca uno del otro y lo miré despacio. Entonces advertí que siempre me había gustado, pero que nunca lo quise reconocer. Ahora era diferente. Ahora lo podía mirar de tú a tú porque ya no estaba en el seminario.

Seguimos conversando en el suelo del edificio mientras llovía afuera; luego se hizo el silencio. Un silencio poblado de incertidumbre por el futuro, de anhelos no expresados, de fantasías. Me recargué en su pecho, acurrucada en su abrazo. Lo sentí cerca como nunca, espiritual y físicamente. Habíamos estado hablando de *El Principito* y su flor. Yo le acariciaba lentamente el rostro, pero cuando mis dedos llegaban a sus labios se detenían. ¡Qué ganas de darle un beso! Pero no. Si le daba un beso ya no podíamos ser amigos como hasta ahora. Entonces sí que lo perdería y no lo volvería a ver.

Pero la atracción me ganó, acerqué mis labios a los suyos. ¡Fue tan delicioso! Los sentí dormidos, como despertándose de un largo sueño.

Me separé y lo miré. Sus ojos color miel me acariciaban. Y me dije: "No hay culpa, ya no está en el seminario". Y me acerqué otra vez. Al tercer beso reaccionó... ¡y de qué manera! Suave, firme, pasaba de mis labios al rostro. Me tomó de la cintura cuando nos paramos. Yo sentía que tocaba el cielo. ¡Cuánto tiempo pasó? No supe, pero reaccionamos cuando mucha gente salía del auditorio.

Caminábamos despacio, ya era de noche. Los árboles lloraban gotas de lluvia que se habían quedado allí. Parecía que José Alberto y yo habíamos descubierto la magia y la fuerza de un beso. Nos parábamos de trecho en trecho porque ambos queríamos más, hasta que me estreché con fuerza antes de subir al pesero.

Me quedé con la maravillosa sensación de su contacto, pero con la tristeza de no volver a verlo y con la esperanza de que fuera mentira, de que algún día me buscaría de nuevo.

Así fue. Unos meses después escuché su voz, vibrante, por el auricular. Nos vimos en Cuemanco. Platicamos largo y tendido por varias horas, sin tocarnos. Había empezado a trabajar, ayudaba en una parroquia y quería hacer muchas cosas. También, si podía, quería tener la experiencia de amar a alguien, de una novia...

Me miró significativamente, pero yo cambié de tema. Comprendí que era un riesgo enorme lanzarme a esa aventura con él. ¿Y si decidía regresar al seminario?

Pero la cabeza decía una cosa y el corazón otra. Al final de la tarde, sentados en el pasto, no pude resistirme a su contacto. ¡Fue tan espontáneo! Los dos volteamos a un tiempo y estalló el beso. Y luego siguió otro y otro. En la noche, cuando salimos de ahí, continuamos el apapacho frente a un baldío, cada vez más intenso. La avenida estaba casi desierta, pero en una de esas me dijo: "Espérate, que viene alguien".

Pasó un señor con su niño, como de seis años. Unos pasos más adelante, el niño volteó con atención para ver qué estábamos haciendo. Entonces me sentí superculpable y recordé la frase bíblica que dice: "¡Ay del que escandalizare a uno de estos pequeños!" ¡Y yo estaba siendo motivo de escándalo! ¡Qué horror!

Tomé conciencia de que José Alberto y yo estábamos en plena calle, en la vía pública, y no teníamos derecho a comportarnos así de fogosos.

Tomé conciencia, también, de que estaba en los brazos de un hombre que quería consagrarse a Dios, y de que yo podía convertirme en un obstáculo en su camino.

Por eso, cuando me dijo anhelante al despedirnos: "¿Cuándo nos vemos?" Yo pensé estúpidamente en su vocación y no en nosotros, y me dije a mí misma: "No lo presiones, déjalo libre..." Y en vez de gritarle, como era mi deseo: "¡Mañana mismo! ¡Te quiero, te deseo, te necesito!" le dije muy tranquila: "No sé. Cuando quieras, cuando puedas". De nuevo se repitió la pregunta, con la misma respuesta, hasta que me dejó en el pesero.

Pasó el tiempo. Nuestras citas eran muy esporádicas. ¡Cuántas veces, con mi mano descolgando el teléfono, lo volvía a colgar y me violentaba para no llamarle! Y me decía: "Él quiere ser sacerdote, no tienes derecho a perturbarlo..."

Sin embargo, de los contados encuentros yo hice un cuento de hadas maravilloso. Para mí José Alberto era “mi media naranja”, mi hombre ideal. A diferencia de Román, que sólo me atraía físicamente, José Alberto me encantaba de todo a todo: su piel morena, su cabello ondulado, la fuerza de su mirada, su espiritualidad, su sensibilidad artística, su capacidad de análisis y su sentido del humor, entre mil cosas más. Cada encuentro era para mí “mágico”, “único”, “especial” ... porque podía ser el último. Entonces el tiempo se detenía y nos daba brevísimos instantes de comunión profunda.

Idealizaba a José Alberto; idealizaba la relación. Me decía que quizá no era un noviazgo como los otros, pero en intensidad...

Finalmente pasó su año de prueba. La siguiente cita era crucial, porque me comunicaría su decisión.

Yo había hecho muchísimas veces “oración de abandono”, repitiéndole hasta el cansancio a Dios que ambos estábamos en sus manos, y si Él lo llamaba al sacerdocio yo iba a quedar conforme con su voluntad y contenta por un sacerdote más para nuestra Iglesia.

Sin embargo, cuando ya frente a frente José Alberto me dijo que se regresaba al seminario, yo sentí un balde de agua fría. ¡Cuál oración de abandono ni qué nada! ¡Era un dolor al rojo vivo que me calaba hasta lo más profundo! Como si me arrancaran un pedazo de carne...

Y quería lanzarme a sus brazos y apretarme contra su pecho y llorar y susurrarle que lo quería muchísimo y que la decisión que había tomado me partía el alma...

Pero no. Paré en seco el torrente de sentimientos, tapé el volcán diciéndome con firmeza: “No hagas más difíciles las cosas. Es su vocación, Dios lo está llamando...”

Era el 25 de marzo de 1995, en la punta de la pirámide de Cuicuilco. Tragué saliva varias veces, sonreí y le dije “tranquilamente”: “Estoy contenta. Estoy contenta de que te vayas...”

¡MENTIRA! Yo tenía las tripas hechas nudo y me lo guardé todo.

Yo sabía lo que era la vocación religiosa porque había estado en un noviciado; sabía de las luchas internas y de lo difícil que es decir un “sí” radical a Cristo, dejándolo todo... hasta que aprendes a amar de verdad y entonces ningún sacrificio se hace pesado. Pero en ese momento sen-

tía que José Alberto estaba haciendo un gran esfuerzo y no quise complicar la situación con escenitas.

Pero me negué. Negué una vez más mi afectividad, mi sexualidad... lo dejé partir y, como mujer, no luché por él.

—o0o—

Pasó más de un año. Entré a un grupo de autoayuda y bajé un poco de peso. Empecé a andar con un chico...

En agosto de 1996 recibí una llamada de José Alberto, pero yo no estaba en casa. Unos días después habló por teléfono Rubén, el otro seminarista, amigo desde 1993 que seguía de compañero suyo. Me dijo que ambos habían venido a la ciudad de vacaciones y que me invitaba a casa de sus papás a comer.

Por la tarde, después de la comida, sacó un álbum: eran fotos del seminario, de José Alberto y tuyas, de sus actividades... a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Rubén cerró el álbum y preguntó qué me pasaba; me puse a llorar como Magdalena. Finalmente, serio, dijo que era importante que José Alberto y yo nos viéramos, que llevaba un año escuchándolo a él y ahora a mí... que nos había faltado sacar el sentimiento a ambos y aclarar las cosas.

Yo le respondí que en el grupo de autoayuda me dijeron que José Alberto era una dependencia malsana con la que tenía que romper y que, además, yo tenía novio. Rubén insistió, arregló la cita. Era el último día antes de que se regresaran, y yo tenía clases en la universidad. Me fui de pinta por primera vez en mi vida...

Así me encontré con José Alberto nuevamente.

En tres horas hubo de todo: confidencias, recriminaciones, lágrimas, declaraciones de amor... ambos éramos dos manojos de contradicciones.

Terminamos besándonos apasionadamente en un paraje solitario. Tuvimos contacto físico muy estrecho, sin llegar a las relaciones sexuales. Nos quedamos, como reza el dicho, “vestidos y alborotados”... por eso el drama de la separación fue mayor.

Yo llegué al auditorio de la universidad y me senté en los últimos lugares. Varios especialistas dictaban conferencias y había que presentar

un reporte. Allí, al abrigo de la oscuridad, me la pasé llorando ahogadamente durante varias horas. Con dificultad puse atención a la última plática.

Me quemaba la ausencia de José Alberto. Esa noche empecé a escribirle una carta. Quería agradecerle sus besos, su calidez, su expresividad. Pero entonces me venía, como una avalancha de roca, la certeza de que él ya estaba en el seminario y más bien lo que debía hacer era disculparme por atentar contra su castidad.

Tomaba un papel, escribía algo y luego me arrepentía. Y otro, y otro y muchos. Esa noche no pude dormir. Entre disculparme y agradecerle, se me cruzaron los cables...

La noche siguiente tampoco dormí. El asunto de que yo tenía novio me taladraba la cabeza...

¡Pequé...! ¡Hice pecar a José Alberto, a un seminarista! ¡Fui capaz de serle infiel a mi novio! No lo podía creer, el mundo se me venía encima. ¿Cómo yo, tan buena, fui a caer tan bajo? Imposible... pero era tan real que no lo podía aceptar. Me dio una nueva crisis nerviosa.

Estuve internada en el hospital psiquiátrico cerca de un mes. Extrañaba a José Alberto como nunca, había sido el encuentro más intenso hasta la fecha. Y saber que era un imposible, que había regresado al seminario definitivamente, me dolía como nunca... sentía la pérdida de "mi" hombre hasta lo más profundo.

Cuando me dieron de alta regresé a casa, donde se hacían los preparativos de la boda de mi hermana. Y me dio coraje, mucho coraje, que mientras yo veía partir al hombre que amaba, ella se casaba y era tan feliz —estaba radiante—. La envidia que sentía hacia ella —año y medio menor que yo, pero delgada y bien arreglada siempre— se me recrudeció como nunca, pero tuve que tragarme todo y ayudar a repartir invitaciones en mi estúpido papel de "hermanita buena" que se alegra con el gran acontecimiento.

Esperábamos familia de todos lados. Muchos sabían que yo tenía novio y querían conocerlo. Yo estaba hecha un mar de confusiones. Mi noviazgo con Armando, de seis meses, era la relación ideal. Lo conocí en la secundaria. Fue mi mejor amigo durante muchos años. Antes de ser novios llevábamos más de un año saliendo, cada mes, a tomar café.

No sé si me hice novia suya porque necesitaba afecto, porque era el hombre que tenía más cerca o porque creí quererlo profundamente (de hecho lo quiero mucho, pero como mi amigo del alma. Es una persona maravillosa).

Nos veíamos sólo cada fin de semana, por su trabajo. Yo estaba convencida de que Armando era mi pareja ideal: trabajador, responsable, generoso, comprensivo, espiritual, muy culto... y con un gran corazón.

La relación iba excelente: mucha comunicación, cero discusiones, bellísimas experiencias compartidas. Todo era color de rosa, todo iba bien... ¿Por qué fui a engañarlo con José Alberto? ¿Por qué me dejé llevar por un momento de pasión? No me daba cuenta de que nunca quise a Armando como pareja, de que nunca me atrajo físicamente, de que nuestro noviazgo fue de amigos platónicos más que otra cosa, que siempre me quedaba insatisfecha porque quería más “acción” y no sabía cómo decirle (¿qué iba a pensar de mí? Para él era importantísimo respetarme). Cuando me asaltaban estas emociones, las callaba con razonamientos como: “¿Y qué más da que no te guste tanto físicamente? Lo más importante en una relación es la comunicación y lo espiritual”. Con Armando yo era la “niña buena” que salía con el chico más íntegro y santo del planeta.

Y de repente advertí que mi realidad era otra. Que vibré con un hombre que me hizo vibrar y me olvidé de todo lo demás. ¿Dónde estaba yo entonces? Me recriminaba una y mil veces: “Eres una puta que sólo busca el placer, y para colmo con alguien prohibido”. “Mira a tu novio, tan bueno, tan dulce... ¿cómo fuiste capaz de ponerle el cuerno?” Magnificaba la figura de Armando, casi poniéndolo en un altar; me sentía “sucio” a su lado. Magnificaba también mi sensación de indignidad poniéndome por los suelos (y eso que José Alberto y yo no habíamos llegado a tener relaciones sexuales), y no me atrevía ni a mirarlo a los ojos. ¡Sentía tanta culpa! Había que terminar enseguida, no podía seguir al lado de ese dechado de virtudes siendo yo tan vil. ¿Explicar algo? ¡Ni loca! Si no lo aceptaba ante mí misma, menos iba a aceptarlo frente a él (oh, ¡la soberbia...!).

Lo terminé, sin explicación, dos semanas antes de la boda de mi hermana. El peso social de que lo vieran como mi novio formal, como



futuro esposo, era enorme. No lo soporté. Y llegué sola a la fiesta, que fue un martirio. Todos, toditos los que me saludaban, me hacían algún comentario: “Oye, ¿y qué pasó con tu novio?” “¿Y tú cuándo te casas?” “Hermana saltada, hermana quedada”, etcétera.

Yo tenía ganas de callarlos a bofetadas, de desaparecerme del mapa. Quería decir a los cuatro vientos: “¡Cállate! ¡Vete al carajo! ¡No soy la que crees que soy, la que quieres que sea!” Fue horrible para mi rol de “la guardaimagen”. Fue la caída de “la niña buena” y su noviecito santo. Me sentía en el caos. Por lo menos con Armando, con todo y la insatisfacción, el asunto era en serio, con vistas a casarnos más adelante. Ahora ya no aspiraba a nada, ni con Armando ni con José Alberto... ¡y todo por mi culpa! Eso dolía, y mucho. Me cargaba de culpas, y de culpas que no venían al caso. Fue terrible.

—o0o—

Mi hermana se casó el 26 de noviembre de 1996. Unos días después, el primer domingo de Adviento, estando sola en casa por la mañana, sentí que se me iba paralizando la mitad de la cara. Le hablé asustadísima al abuelito de una amiga, que era medio curandero. Él me dio varios remedios y me sentí mejor.

Pero había muchas cosas que me afectaban. Una de ellas, mi autoimagen. Con sobrepeso desde que era chica, el problema creció y se convirtió en un rechazo total a mi cuerpo. Me insultaba continuamente con los apodosos que otros me habían puesto o los que yo sentía: “Gorda asquerosa, albóndiga con patas”, etcétera. Nunca me arreglaba. Para peinarme, sólo me veía la cara.

Poco antes de la boda de mi hermana, pensando en el vestido que llevaría, fui a casa de una vecina que se vestía como *vedette* y tenía una hija de mi edad. Quizá podría aconsejarme. La chica no estaba en casa, pero cuando ya me iba, la señora me preguntó qué quería y me metió de vuelta a probarme los vestidos de su hija, que en esa época era sólo un poco más delgada que yo ¡Qué impresión! ¡Nunca me había puesto un vestido rojo, entallado, escotado y abierto por detrás! ¡Nunca me había visto en un espejo tan grande como ese! Siempre rechacé mi cuerpo, pero ese

día me gusté. Por supuesto que no lo aceptaba. “¡Estás chiflada! —me dije— ¡Ni de broma podrías ir a la boda de tu hermana así! ¿Cómo se te ocurrió venir aquí a pedir un vestido?” Pero la señora me hizo cambiar varias veces de vestido, todos por el estilo. Y darme la vuelta ante el espejo también. Me encantó el verde brillante de lentejuela, y el rosa que enseñaba toda la pierna. Por supuesto que me faltaba mucho para lucirlos. Allí me di cuenta, y la señora me lo señaló por enésima vez, que tenía que bajar de peso...

Esa visita la recuerdo como si fuera ayer. Sacó a la luz una parte de mí que me empeño en marginar: mi naturaleza femenina y coqueta. Salí de allí con un vestido en la mano que me cuidé muy bien de esconder en casa. Finalmente, el modelito en la boda fue verde oscuro, discreto y elegante, como era de esperarse, pero nunca olvidaré cómo me vi con los otros vestidos...

Ese choque entre mi “yo ideal” —que se ajustaba fielmente a las expectativas de mi familia, que creía asumir como propias— y mi “yo real” —que negaba una y mil veces— me acarrecaba fuertes conflictos internos. En la universidad (estaba a la mitad de la licenciatura) habíamos entrado a la asignatura de cine y el grupo escogió filmar un cortometraje sobre el uso del condón. Antes de la versión definitiva con la pareja que modelaría, el trimestre se nos fue en puros ensayos para que cada uno tuviera oportunidad de manejar cámara y luces.

Cada sesión era un martirio. Sobre dos mesas al centro que simulaban la cama, dos compañeros cualquiera del grupo (hombre y mujer), vestidos, representaban a la pareja-en-el-acto. Para mí era puro sufrir, tanto si estaba abajo —por mis deseos frustrados— como si estaba arriba, porque me paralizaba y, por supuesto, no actuaba con naturalidad. Me sentía la única estúpida del grupo que no había tenido relaciones sexuales. Y al grito de: “¡Quiero, quiero!” se enfrentaba el otro de: “¡Es malo, es malo!” La cabeza me estallaba; a veces tenía que pedir permiso y salir corriendo al jardín, pero cuando me acostaba en el pasto, muy cerca había varias parejitas en pleno agasajo. No había escapatoria (¿cómo escapar de mi propia sexualidad?).

Para la parte teórica nos habían dejado un trabajo de análisis de una película. Como en casa no había computadora, me fui al departamento

de los recién casados, que entonces gozaban de su luna de miel, y me quedé allí varios días. Pero cada vez que miraba su cama matrimonial pensaba en lo que estarían haciendo en ese momento y me daba mucho coraje. Entonces trabajaba como loca para no pensar y pasaba muchas horas frente a la computadora en tensión nerviosa.

Empezó a enchuecárseme el cuello. Yo lo atribuía al exceso de trabajo y no le di mucha importancia. La sensación de coraje y ansiedad aumentaba, y no sabía por qué. Creí que acabada la presión del trabajo en la computadora mi cuello se iba a enderezar, pero no fue así. Al contrario. Se fue enchuecando cada vez más, principalmente en las clases de taller de cine con la magnífica historia del condón que no acababa nunca. Empecé a usar collarín, pero no me servía de nada. Quizá porque era prestado y no me ajustaba bien. El caso es que, con todo y collarín, mi cabeza estaba a veces a 180 grados. Parecía discapacitada caminando rumbo al salón (lo era en ese momento). No pude terminar el trimestre.

—o0o—

Era diciembre de 1996 cuando empezó mi vía crucis con lo del cuello. En el Hospital de Psiquiatría me mandaron a Reumatología. Nada. Luego a Ortopedia. Nada. Entonces me mandaron a Neurofisiología, en donde ordenaron varios estudios. Los resultados no estaban claros. Hubo discusiones entre algunos doctores acerca de que si lo que yo tenía era neurológico o emocional. Mi psiquiatra insistía en que era psicológico, pero con todo y cambios de medicinas no mejoraba. Confieso que tampoco yo ayudé mucho. Nunca le dije a la doctora que había visto a José Alberto en agosto. ¿Cómo decirle si ella misma me había prohibido verlo y, además, ella estaba en estrecho contacto con mi mamá? Tampoco era honesta conmigo, ni relacionaba una cosa con otra. Sentía tantas cosas entrelazadas que era una maraña ambulante.

Lo de la maraña se complicó cuando un amigo me sugirió ir con alguien que curaba con masajes, hierbas y no sé qué más. Después de varias sesiones, el curandero dijo: “Esto es más fuerte de lo que pensaba”; yo lo interpreté como que no me podía curar. Yo quería estar derecha ya y dejé de ir.

En el hospital la doctora comentó que ahora sí iba a sanar porque me mandaría a fisioterapia. La idea me encantó cuando me explicaron que era eso; unos días antes había ido con un tal doctor Juárez, masajista de futbolistas, que según una amiga era buenísimo. Aullé cuando me estrujó en su minibanquita de tablas. Creo que quedé peor. El doctor de las fisioterapias, en cambio, tenía un despacho bastante elegante; eso, absurdamente, me dio confianza. “Si le va tan bien es que sí funciona”. Éste me dijo con toda seguridad: “En dos semanas vas a estar como nueva, ya verás”.

Pero pasaron las dos semanas y no mejoré. Luego varios meses... el fisioterapeuta modificó muchas veces el tratamiento: con rayo láser, con tina de hidromasaje, con ejercicios, etcétera, pero mi cuello seguía igual. Me internaron de vuelta en el psiquiátrico.

Como yo era una pobrecita enferma, varias veces vino Armando, mi exnovio, a visitarme, y en una ocasión también habló José Alberto desde el seminario donde estaba y hasta me hizo saltar de la cama; pero en mi maraña de sentimientos encontrados no hallaba la causa de mi mal, los psiquiatras tampoco. Como ya había perdido un trimestre y se acercaba el otro, y estaba bien de todo excepto del cuello, me dejaron salir con collarín el 15 de marzo de 1997, igual de chueca que como entré.

—o0o—

Volví al grupo de autoayuda. El año anterior había podido medio seguir el programa y bajar algunos kilos. Por lo menos allí no era la única gorda que tenía problemas con su cuerpo y con la comida, y me sentía comprendida. Allí descubrí que muchas buscamos especialmente el pan, el dulce, el chocolate y otros alimentos como compensación a nuestra sexualidad frustrada y baja autoestima, entre otras cosas. Allí siempre encontré una mano extendida para hablar libremente sobre la no aceptación —personal y social— de mi cuerpo y otros problemas. Siempre me ayudaron mucho, pero ahora, después de la ausencia con lo del cuello y demás, la que no me dejaba ayudar era yo. Por ejemplo, no podía hacer contacto con mis sentimientos. Veía cómo otros lloraban y se deshacían al compartir, y yo en cambio hablaba siempre como contando un cuento de mí

misma, como si estuviera afuera. “No estás siendo honesta contigo” —me decía mi guía en el grupo—. Lo sentía, pero no sabía cómo salir del atolladero.

En esas estaba cuando Eduardo, un señor lindísimo que conocía mi problemática, llegó un día diciendo: “¡Aquí está tu curación! Es un taller que se llama ‘Volver a la niñez’. Estoy seguro de que de ahí sales bien del cuello”. Pero no entendí por qué me hablaba de un padre autoritario y de una niña herida si yo lo que tenía mal era el cuello, no mis recuerdos infantiles.

Pero me convenció y fui.

—o0o—

En el evento conocí al doctor Ortiz, con un vozarrón y una mirada que taladraba.

El taller fue muy fuerte. Nos hicieron tomar contacto con diferentes etapas de la vida... Ahí me di cuenta (¡apenas!) de que realmente tenía dificultades de relación con mi papá, a quien calificué como “El rey de bastos”. Pasó el día en un santiamén y a la mañana siguiente yo esperaba amanecer derechita y... ¡sorpresa!, estaba sólo un poquito mejor. ¡Me sentí tan decepcionada!

Le hablé enseguida a Eduardo: “Tú me prometiste que iba a curarme ¡y no es cierto! Estoy igual”. Él no sabía ni qué decirme. Me mandó con el doctor Ortiz.

El doctor terminaba su clase y lo alcancé rumbo a la salida. Iba con otras personas. Era de noche y caminaba rápido. Le pregunté: “¿Qué pasa conmigo y con mi cuello?” Se detuvo un momento y me dijo muy serio: “La cosa tiene que salir como entró. Tú decides. Ya sabes cómo eres. No puedes ser peor. Tú dices qué prefieres: ¿ser una chueca buena o una derecha mentirosa?” Lo estaban esperando y me quedé plantada a mitad del estacionamiento. No entendí —o no quise entender— lo que me dijo. Empecé a llorar mientras caminaba. Al día siguiente amanecí con gastritis...

Sentía que no podía elegir ninguna de sus opciones y esa disyuntiva era cada vez más angustiante. “Por supuesto que quiero ser una derecha... pero no mentirosa. ¿Y qué quiere decir aquello de que la cosa

tiene que salir como entró? ¿Significa tener relaciones sexuales con José Alberto? Ya no se puede..." Acabé diciendo: "Quién sabe qué sea eso; vamos a buscarle por otro lado". Siempre fue más fácil hacerme la víctima que afrontar el valor de mis propias decisiones.

—o0o—

La triste realidad es que habían pasado ya seis meses y yo seguía con el mismo cuello chueco. Mi última esperanza, unas limpias bastante raras, había sido un fracaso. ¿Me iba a quedar así de por vida? Quizá sí. Y empecé a estar resentida, contra mí, contra Dios y contra todos.

En la universidad había llegado a un grupo de otra generación —perdí el trimestre— y en general me aceptaron el cuento de que me había accidentado y por eso traía collarín. Pero los que me conocían desde antes y sabían algo de contusiones me decían: "Ya es mucho tiempo, ¿no? ¿No tendrás otra cosa?" ¿Y cómo explicar lo que no podía explicarme yo? Y me daba mucho coraje que la gente en la iglesia, en el vecindario, en la escuela —y hasta el señor que recogía la basura!— se pusieran a darme consejos que nadie les pedía: "¿Y por qué no ves a tal médico?" "¿Y por qué no te pones esta pomada?" "¿Y si ves a tal huesero?", y —la que me exasperó—: "En nuestro grupo somos cristianos y creemos firmemente en el poder de la oración, y con nuestra oración tú vas a sanar". Yo tenía ganas de gritarles a todos: "¡Váyanse a la chingada y déjenme en paz!", pero sonreía amablemente y les decía: "Gracias por preocuparte". ¡Estaba harta! ¡Harta del teatrillo que ni yo me creía! Quería borrar me del mapa. Huía de mis amigos y aumentaba el coraje contra todos.

Por ese tiempo me dieron una beca para un curso de guionismo para Televisión Educativa. En otro momento eso hubiera sido supermotivante, pero ahora era sólo un pretexto que me hacía quedar en la universidad por las tardes y no estar postrada en cama, como era mi deseo.

Mi depresión era horrible. Tenía ganas de suicidarme y estaba allí, como autómatas, dizque estudiando. Se me empezó a caer el cabello...

—o0o—

Era el 31 de julio de 1997 cuando llegué al consultorio del doctor Ortiz, terapeuta psicocorporal (Bioenergética).

La última vez que lo vi, en el estacionamiento, no entendí lo que me había dicho acerca de ser una “chueca buena” o una “derecha mentirosa”. No entendí y fui a pedir explicaciones, pero el doctor no me contestó ninguna pregunta. Sólo interrumpió mi discurso y, tajante, expresó: “Aquí no se trata de entender nada, sino de sentir”. “¿Sentir qué?” “Sentirte a ti misma”.

Empezamos ejercicios muy fuertes. La primera sorpresa fue cuando comenzó a salir tanto coraje y tanta tristeza reprimidas (¡jamás imaginé que guardara todo eso!).

La segunda sorpresa fue cuando empezó a aflorar la mujer que soy...

¡Cómo costó (¡y cuesta!) trabajo contactar a esa mujer que palpita bajo mis kilos y kilos de sobrepeso! Además existía (y existe, aunque un poquitito menos) un desfase tremendo entre mi edad cronológica —30 años entonces— y mi edad afectiva —cerca de la preadolescencia—. Nunca me había despegado de las faldas de mami, del control de papá. Enconchada en la familia, al margen del relajo de las fiestas, con gran dificultad para relacionarme con chavos de mi edad —no así con hombres mayores, en los que buscaba un papá sustituto— y protegida por un caparazón impresionante de grasa, vivía ignorando mis sentimientos y necesidades más profundas.

La primera movida de tapete fue cuando el doctor Ortiz me preguntó un día: “¿Y por qué no tienes relaciones sexuales?”. La sola idea era una irrupción violentísima en mi esquema —hecho ley y vida— de “la niña buena-hija de papá” ¡Imposible!

Aunque aceptara la posibilidad, mi discurso era: “Quiero... pero no puedo”, y de repente el doctor me volteó el asunto y me hizo ver que el discurso real es: “Puedo... pero no quiero”. Eso fue un choque tan fuerte que no lo pude soportar. ¡Por supuesto que no lo acepté! Además, ¿para qué tener relaciones y buscarme problemas? ¡Así estaba tan bien, tan tranquila! Era mucho más fácil hacerme la tonta y llenar los huecos con comida...

Pero por ahí había quedado el gusanito... (¿o el potro salvaje, reclamando sus derechos?)

Este “potro salvaje” tuvo su historia. El doctor Ortiz me dijo un día que buscara un animal para representar mi sexualidad, que le pusiera nombre y que dialogara con él. Así surgió “Salvaje”, un potro negro, indomable, que me reclamaba por tenerlo encerrado, siendo que deseaba correr libremente por la pradera. Sin embargo, cada vez que intentaba contactarlo me atoraba en mi miedo y lloraba mucho.

Pero la idea de que yo tenía un potro brioso escondido en algún lado comenzó a inquietarme...

La siguiente labor —bastante ardua por ambas partes— fue que yo empezara a tomar conciencia de mi cuerpo. Para mí era simplemente el recipiente del cerebro, el “hermano asno” como me dijeron que le llamaba San Francisco; poco o casi nada sentía con él. Incluso cuando me bañaba, muchas veces estaba tan abstraída en mis pensamientos que no sabía si ya me había enjabonado o no. Nunca hacía ejercicio, nunca me miraba al espejo de cuerpo completo.

El doctor me recomendó ejercicios frente al espejo, y que le hablara a mi cuerpo. La primera vez lo insulté, le grité muchas groserías, le dije que no lo quería, que me daba asco.

Salió también que odiaba mi cuello chueco. Pero cuando él preguntaba qué tenía atorado (¿escondido?) allí, era incapaz de decir nada...

Luego empezó un caminito (nada fácil) de hacer contacto con mis sentimientos. El doctor Ortiz ordenaba ejercicios que ponían en movimiento algunos músculos. Luego me acostaba en el piso con los ojos cerrados y le oía decir: “Escucha a tu cuerpo”, pero yo no escuchaba nada. “¿Qué sentiste?”, pero yo no sentía nada. Posteriormente empecé a registrar: dolor, cansancio, tranquilidad, ganas de llorar, etcétera. Pero pasó muchísimo tiempo antes de que pudiera sentir placer. ¡Cómo fue (y es) difícil reconocer que puedo sentir placer! (¡menos aún disfrutarlo!) Como que lo tengo prohibido...

Paralelamente al proceso con el cuerpo —o como producto del mismo— comencé a advertir lo reprimida que estaba como mujer. Y el gran descubrimiento vino después: “¡Soy una mujer sensual! No soy tranquila y buenita como me ven, como me han enseñado a ser. ¡Al contrario! Mi parte puta es un volcán, un torrente. Soy muy cachonda... y soy bien mula”. Entonces llegué a una conclusión: soy así, pero me han obligado a ser lo contrario; soy roja, pero me han —me he— pintado de gris.



No fue nada fácil el asunto: se trataba de abrir brecha en esquemas superrígidos sostenidos desde la infancia y reforzados en el tiempo que pasé con las religiosas. (¡Y lo que falta por andar!)

Pero empecé a cuestionarme y a atar cabos sobre el juego de palabras que me inquietaba: chueca/buena; derecha/mentirosa.

Lo primero fue descubrir la rigidez de la educación de mis padres: yo tenía que ser “la buena hija”, “la buena estudiante”, “la buena hermana” (soy la mayor), “la buena catequista”... y de repente advertí que en realidad no soy así, que no me gusta ser así.

Entonces el ser “la buenita” era una máscara: buena ante los demás, pero chueca conmigo misma porque negaba mis impulsos, mis afectos, mis aspiraciones.

Mantener esa imagen “impecable” era una lucha interna superdesgastante. Era estar respondiendo, como un actor de teatro, a las exigencias del papel, en este caso a todos los condicionamientos familiares, sociales y de la Iglesia que, llevados al extremo, me acarreaban una culpabilidad enorme si no hacía las cosas “como se debe”.

Y ahí estaba la raíz de mi cuello chueco: LA CULPA Y EL MIEDO me paralizaban. No me perdonaba, por ejemplo, haberle sido infiel a mi noviecito bueno con José Alberto, con alguien “prohibido”. Quizá el cuello chueco era una manera de castigarme por haber sido “niña mala”.

Ahora el reto era (¡es!) ser una “derecha-mentirosa”, en el sentido de atreverme a ver mi imagen en el espejo, a preguntarme qué quiero y a ser capaz de cumplir mis expectativas, no las de otros sobre mí. Auténtica conmigo, “mentirosa” con los demás. En otras palabras: ser capaz de ser feliz sin sentirme culpable.

Pasaron los meses y fui mejorando del cuello, aunque no estaba del todo derecha más que a ratos, cuando me sentía relajada y contenta con lo que estaba haciendo. Ayudó muchísimo entrar a un grupo de danza, tomar contacto con mi cuerpo...

Descubrí que a mis treinta años era una mujer en plenitud y tenía muchas ganas de vivir y también de tener relaciones sexuales. Faltaba con quién.

Entonces, el 10 de enero de 1998, recibí por la noche la llamada de José Alberto. Estaba de vacaciones y quería verme.

De nuevo me fui de pintura. Todo mi ser palpitaba con fuerza por su presencia. Él también, pues salió a encontrarme antes de la hora y de llegar al lugar acordado. Nos sentamos en un parque y platicamos un buen rato. Una vez más me dijo que no estaba seguro de su vocación...

Ahora fui yo la que tomó la iniciativa. Sin rodeos le propuse tener relaciones conmigo. Al principio se desconcertó, pero luego se puso feliz y me tomó la palabra enseguida.

Cuando puse el cerrojo a la puerta de la habitación del hotel creí que estaba soñando. ¡José Alberto y yo solos, en un espacio cerrado, seguro y sin interrupciones, con muchas horas por delante para dar rienda suelta a toditito lo que desde hace tanto pugnaba por salir! Apenas lo podía creer. Él se sentó en la cama y yo me quedé parada entre sus piernas. Estuvimos así un rato, mirándonos en el espejo. Finalmente sugirió que nos quitáramos la ropa.

Me sentí reina cuando se abalanzó sobre mí en esa cama inmensa. Me encantó sentirlo desnudo, suave, tan frágil y tan fuerte a la vez. Me sentía extasiada acariciándole su pecho velludo, contemplándolo desnudo, sintiéndolo encima, debajo y dentro de mí.

Hubo muchos detalles que demostraron nuestra falta de experiencia, pero era lo de menos: José Alberto tenía muchas fantasías y a mí me encantó complacerlo en todo lo que me pedía... y pedirle una que otra cosa también. ¡Me sentí tan plena entre sus brazos! Con la libertad de expresarlo todo por fin, con mi cuerpo y con mis palabras. Hablamos con muchas groserías. Lo disfruté.

Con José Alberto me sentí plena, realizada, feliz. Mi cuello estaba derecho como nunca y, por primera vez en la vida (como diría el doctor Ortiz), "me dejé fluir". No me importó si estaba gorda, no me importó el reloj, no me importó si cometía pecado. Era lo máximo sentirme viva y palpitante... y descubrirme mujer que ama y que vibra. Por fin me di la oportunidad de destapar el volcán y dejarlo estallar con toda su fuerza... y gozarme con ello.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos allí, al parecer fue toda la mañana. Pero la despedida fue débil. En la calle, junto a la entrada del

metro, apresuradamente, sin apapachos, sin un “gracias” o “te quiero”, como si nos fuéramos a ver al día siguiente. Pero al voltear la esquina, sola, tomé conciencia de la separación y se me partió el corazón. Se abría la posibilidad de no verlo nunca. En el gozo de sentirlo tan cerca se mezclaba el sabor agri dulce de un distanciamiento definitivo, no sabía cómo manejarlo. Eso sí: mi despertar como mujer y el fuego encendido en el corazón nadie podrá arrebátarmelo jamás...

—o0o—

Sin embargo, este despertar, este gozo profundo y maravilloso lo tenía que esconder...

Mi máscara de “la buenita” reclamaba sus derechos.

Los meses de enero a mayo los viví muy desconcertada, sin “hallarme”, sin encajar en ningún lado. En el proceso con el doctor Ortiz y después de mi primera relación sexual la percepción de mí misma y de todo lo que me rodeaba estaba cambiando mucho, pero tanto los psiquiatras como mi familia me seguían viendo y tratando como la misma niña boba de siempre.

Claro que hubo momentos y momentos...

—o0o—

Llegó el mes de julio. Llegué, como tanta gente, a una iglesia engalanada. Era la ordenación sacerdotal de nuestro amigo Rubén. Fue una ceremonia hermosísima, de varias horas, donde confirmó ante la comunidad su certeza de dar la vida en una consagración a Dios, renovada día a día en el servicio y la oración. Rubén estaba radiante. Su alegría serena de 1993 se había transformado en una sonrisa inmensa, amplísima, que apenas le cabía en el rostro.

Unos días antes, cuando me entregó la invitación, le pregunté: “Y José Alberto, ¿Cuándo se ordena?” Rubén se puso serio y respondió: “Él tendrá que esperar bastante todavía. Tiene que trabajar mucho su castidad”.

Supé que eso tenía que ver conmigo y con nuestro reciente encuentro íntimo, pero no me sentí culpable. Pensé: "A mí lo bailado nadie me lo quita. Y él me buscó..." Además, fue la prueba de fuego. José Alberto tenía que definirse: si de verdad me quería tanto como decía, después de la experiencia podía haber colgado los hábitos y regresarse (¿de qué no es capaz un hombre realmente enamorado?). Esa era mi fantasía, pero la realidad era otra. Regresó a su seminario y no había vuelto a llamar ni a escribir. Entonces, si después de un encuentro tan intenso como el que tuvimos decidí seguir, tenía que luchar por su vocación, y luchar en serio, y yo ayudarle.

La ordenación de Rubén me removió todo lo del noviciado y las profundas ceremonias de votos perpetuos de las religiosas: tantos rostros llenos de luz, que irradiaban a Dios, que yo había conocido y conocía. El seguimiento radical a Cristo era una realidad gozosa para quien se comprometía de corazón, para toda la vida.

Vi a José Alberto vestido de acólito en la ceremonia. Finalmente estaba en su camino; había superado el año de prueba, había regresado. Y antes de que él me lo dijera, yo ya lo sabía por su conversación, por cómo estaba enfocando todo.

Entonces decidí, ante el sagrario de la iglesia engalanada, que si de verdad quería ayudarlo tenía que quitarme definitivamente de enmedio. Ya era hora de dejar a un lado nuestras ambigüedades...

Al final de la ceremonia me le acerqué, lo saludé y le dije con firmeza: "Vengo a pedirte que no me hables, que no me busques más; yo tampoco lo haré".

No hubo más palabras. Le di la espalda y me alejé sin volver la cara. Me costó sangre...

Recordé nuestro bellissimo encuentro y lo guardé como un tesoro. Sé que fui muy radical (¡faltó decir tanto!) pero era necesario hacerlo así. Ahora él estaba en otro canal, con sus compañeros seminaristas esperándolo para irse juntos.

Cuando estaba a mucha distancia, volteé y vi de lejos el barullo, sin distinguir a nadie. Pedí a Dios por todos y por cada uno.

Cada quien su camino, cada quien su vida.

## Epílogo

Han pasado casi tres años...

Mi vida ha dado muchas vueltas: fin de la universidad, trabajo, amigos, grupos...

He tenido algunos encuentros sexuales ocasionales (poquísimos), pero ninguna pareja estable. Quizá tenga miedo de enamorarme y sufrir una decepción, como pasó con José Alberto (de quien ya no supe nada más).

En 1998 se casó mi amigo Armando con una gran chica que lo sabe valorar e impulsar.

En 1999 mi cuello se enderezó completamente y a principios del 2000 culminó el ciclo terapéutico con el doctor Ortiz (ahora estoy en otras terapias...).

He vivido intensamente experiencias muy ricas, importantes cambios. La única constante ha sido mi sobrepeso.

El doctor Ortiz decía que es un mecanismo de defensa para escapar de las miradas masculinas y seguir negando mi sexualidad. Quizá tenga razón, aunque yo creo que hay otros problemas de fondo que me llevan a comer en exceso.

Uno de ellos es que a mis 34 años continúo viviendo con mis papás, ahora de hija única porque mis hermanas menores ya se casaron. No he realizado rupturas necesarias.

Mi máscara de "la buenita" la uso en casa y, afuera, cuando me conviene. Me da miedo definirme del todo...

Quiero y necesito independizarme, pero no tengo los medios económicos para hacerlo.

Mientras, estoy luchando (¡y me están ayudando mis terapeutas!) para dejar a un lado esa máscara que se desdobra en mil más, y atreverme a mirar sin temor la imagen en el espejo...

Hace poco encontré a mi vecina (la señora que me hizo probar aquellos vestidos entallados en el 96), un encuentro profundo y significativo. Me está ayudando mucho...

Empiezo a bajar de peso. Siento que estoy iniciando una nueva etapa.

Ha sido muy importante atreverme a contar mi historia...

Dice Paulo Coelho, en su libro *El Alquimista*:

Cierto mercader envió a su hijo para aprender el Secreto de la Felicidad con el más sabio de todos los hombres. El joven anduvo durante cuarenta días por el desierto hasta llegar a un hermoso castillo, en lo alto de una montaña. Allí vivía el sabio que buscaba.

Sin embargo, en vez de encontrar a un hombre santo, nuestro héroe entró en una sala y vio una actividad inmensa: mercaderes que entraban y salían, personas conversando en los rincones, una pequeña orquesta que tocaba melodías suaves y una mesa repleta con los más deliciosos manjares de aquella región del mundo. El sabio conversaba con todos, y el joven tuvo que esperar dos horas hasta que le llegara el momento de ser atendido.

El sabio escuchó atentamente el motivo de su visita, pero le dijo que en aquel momento no tenía tiempo de explicarle el Secreto de la Felicidad. Le sugirió que diese un paseo por su palacio y volviese dos horas más tarde.

—Pero quiero pedirte un favor —completó el sabio, entregándole una cucharita de té en la que dejó caer dos gotas de aceite—. Mientras estás caminando, llévate esta cucharita cuidando que el aceite no se derrame.

El joven comenzó a subir y bajar las escalinatas del palacio, manteniendo siempre los ojos fijos en la cuchara. Pasadas las dos horas, retornó a la presencia del sabio.

—¿Qué tal? —preguntó el sabio— ¿Viste los tapices de Persia que hay en mi comedor? ¿Viste el jardín que el Maestro de los Jardineros se tardó diez años en crear? ¿Reparaste en los bellos pergaminos de mi biblioteca?

El joven, avergonzado, confesó que no había visto nada. Su única preocupación había sido no derramar las gotas de aceite que el sabio le había confiado.

—Pues entonces vuelve y conoce las maravillas de mi mundo —dijo el sabio—. No puedes confiar en un hombre si no conoces su casa.

Ya más tranquilo, el joven cogió nuevamente la cuchara y volvió a pasear por el palacio, esta vez mirando con atención todas las obras de arte que adornaban el techo y las paredes. Vio los jardines, las montañas a su alrededor, la delicadeza de las flores, el esmero con que cada obra

de arte estaba colocada en su lugar. De regreso a la presencia del sabio, le relató detalladamente todo lo que había visto.

—¿Pero dónde están las dos gotas de aceite que te confié? —preguntó el sabio.

El joven miró la cuchara y se dio cuenta de que las había derramado.

—Pues este es el único consejo que tengo para darte —le dijo el más sabio de los sabios—. El Secreto de la Felicidad está en mirar todas las maravillas del mundo, pero nunca olvidarse de las dos gotas de aceite en la cuchara.

—o0o—

Yo ya di mi primer viaje aferrada a la cuchara que me encargaron, condicionada por tantos convencionalismos y racionalizando todo continuamente. Demasiado atenta a no tirar dos gotas de aceite... y me olvidé de vivir y de gozar.

Ya di, también, mi segundo viaje, extasiada por las maravillas de nuevas experiencias, “viajando” por aventuras fascinantes... pero me olvidé de poner los pies en la tierra y derramé el aceite sin darme cuenta.

Quiero que esta nueva etapa sea mi tercer viaje: “Alicia en el país de las maravillas...”, sin dejarme envolver por “las maravillas” del camino. Por eso escogí como pseudónimo “Alicia-tercer viaje” o “Alicia III”.